por tierno bozo, é inclinándose también, imprimieron un beso ardiente que hubiese sido largo, eterno, si la chica no se irguiera con violencia.

Había en su semblante un gesto de ternura y de enojo que le confundió. Primero hubo de observarle con mirada seria; al fin rió, levantando sobre la cabeza de Eugenio las airadas manos.

—No, señorito mío... Eso será después, más tarde, nunca si usted lo quiere... Pero ahora no...

Linares suplicó:

—Antoñita...

Ella quedóse inmóvil, sonriendo. ¡Pícaro hombre! ¿Para qué quería besos? No; aquello no era propio de un caballero como él. Y retrocediendo hacia la ventana, cogió un puñado de heliotropos; luego, besándolos, se los entregó.

—Toma. Allí va mi beso; bésalos tú también...

Largo silencio siguió á sus palabras. Linares cogió trémulo el ramillete, apoyándose después en la hoja de la ventana, entristecido. De espaldas á él, la joven proseguía en su tarea de escudriñar la tierra que daba vida á las flores.

A lo lejos escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez maloliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada. Un señor panzudo, de limpísimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarse! Entiendo que...

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeñita, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorete, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

—¡A la cárcel con ese Urízar!

—¡Más inmoral que nosotros es él y la grandísima alcahueta de su madre!

Un oficial de gendarmes, de plateados galones y barba hirsuta, lanzóse sobre ella, procurando abrirse paso por entre la aglomeración. Sudoroso, con la trigueña cara alterada por la cólera, en vano pretendía salvar la distancia que de su presa le separaba. A empellones, á codazo limpio, jurando como un carretero, logró llegar hasta donde la chica le había esperado, riendo, y grande fué su pasmo al hallarse con la luneta vacía. Allá, entre un mar de cabezas, muy cerca de la puerta de salida, vislumbró una carita ajada y burlona, que le guiñaba los ojos.

—¡Cójanla!

Los gendarmes, en poquísimo número, procuraron obedecer el mandato de su jefe. Empeño inútil. Eran impotentes para atrapar aquel cuerpecillo flácido, que se deshacía en carcajadas ruidosas, perdido en el mare mágnum.

—¡Orden, señores!

—¡Uy, nos amenaza!

—¡Caracoles, me revientan!

—Luis, ¿traes á la niña?... ¿No?... ¡Cómo! Mi hija se ha perdido... ¡Mi hija, mi hija!... ¡Señores, por Dios!...

Y el estrépito continuaba, atronador, incesante, á veces acallado por segundos, cuando la fatiga oprimía á la multitud; arreciando otras, cual si nuevas energías cobraran manos y pechos. Palidecían los foquillos, envueltos en densa nube de polvo, esparciendo reflejos débiles en la atmósfera saturada del humo del tabaco y de las emanaciones fuertes de los organismos vibrantes, arrastrados por la ola avasalladora del escándalo. Algunos tramos de la barandilla de galería fueron desprendidos, cayendo con estrépito en el patio, seguidos del crujir de tablas y de las palabrotas que salían á borbotones de los labios hinchados. En la orquesta, el maestro permanecía anonadado, batuta en mano, ante la partitura. Había en su rostro flaco una expresión de timidez y de espanto; temblaban sus pobres miembros; todo su cuerpecillo escuálido, revelador del hambre,

doblegábase, en tanto que los músicos, unos de pie, sentados otros, metían con presteza en sus estuches los enmohecidos latones, las viejas cañas y los chirriantes arcos. Por las aberturas del telón pintarrajeado, asomaban semblantes en los cuales se descubrían la ansiedad y el azoro. Escuchábase el corretear de histriones y empleados, el acompasado golpe del martillo de los maquinistas, exclamaciones é injurias. En la puerta, obstruída por apretada masa humana, sollozaban los niños, pedían misericordia las mujeres, y menudeaban mojicones y cachetes. Y por encima de todo, sobre los millares de cabezas erguidas, distinguíase, semejante á muda personificación del terror, la figura enclenque del maestro, que aun conservaba la batuta en la mano y miraba suplicante, como implorando tranquilidad y calma.

De pronto, surgieron dos gritos simultáneos, robustos, estridentes, que más que por su fuerza misma, sorprendieron á los espectadores por el atrevimiento que acusaban.

—¡Viva Urízar! ¡Bravo! ¡Arriba el telón!

Los rostros, suspensos, inmóviles por la sorpresa, volvíanse hacia la primera fila de lunetas, en donde un mocetón alto, de pelo castaño, larga nariz, ojos grises y bigotillo presuntuoso, hundía el pavimento á bastonazos y se mesaba los cabellos, desgañitándose. Mas los que le vieran extrañados, no tardaron en ceder á la cólera: sordo rumor oyóse, que, partiendo de los burgueses que permanecían á un paso de la orquesta, invadió la sala, llenándolo todo con un murmullo de abejas. Los focos, brillantes por un momento, al desvanecerse la nube de polvo que les rodeaba, tornaron á nublarse; el maestro hizo una mueca de enojo y desesperación; el señor de abultado vientre aulló, con expresión feroz, erizados los cerdosos pelos de la barba.

Al percatarse de que la tempestad se desencadenaba de nuevo, el mozo de los ojos grises redobló sus gritos y manifestaciones de aprobación.

—¡Viva Urízar! ¡Viva la obra!

—¡Fuera ese!

—¡Viva el poeta!

Y el muchacho, entregado ya en cuerpo y alma á su entusiasmo, accionaba, destruía la seriedad de su rostro con gesticulaciones grotescas, y con mano temblona aporreaba el piso con el bastón.

—Señor Conti...—decía un viejecillo de cara rugosa, cogiéndole por el brazo—. Señor Conti, calma, calma... Aquí va á suceder una cosa gorda.

—¡Nada importa! Es preciso salvarles; aplauda usted, señor Carrizales... Aplauda usted... ¡Olé por Clara Ruiz! ¡Bien por Arsenio Urízar! ¡Arriba el telón! ¡Diana, maestro! ¡Diana!

El periodista rugía, enarcando su delgado talle. Carrizales, alentado por el ejemplo, daba rienda suelta á su vocecilla femenil y almibarada; palmoteaba con todas sus fuerzas, arrojando con desdén el *plaid* en que poco antes se arrebujaba. En la galería, entre la muchedumbre ennegrecida por el polvo, Conti veía á su amigo Alberto, inclinado soberbiamente sobre el antepecho, con la cara roja, bronco el acento. Más allá, escondida en obscuro rinconcillo, divisó á doña Manuela, envuelta en su chal verdoso, charlando con la portera del caserón de la calle de San Juan de Dios. En el fondo, confundido con la turba, hallábase don Hilario, el tío cazurro incapaz de gastarse una peseta en la taquilla. Recorrió los ámbitos del teatrillo en busca de rostros amigos. Les había encontrado; ahora, ¡á triunfar! ¡Ah, imbéciles; buena paliza les esperaba en las columnas de *La Aurora!* Ya les compondría él, para que en otra ocasión no reventasen á sus camaradas. Y con entusiasmo ferviente hubo de proseguir en su tarea, pataleando, berreando, manoteando, sudoroso, irritado, febril.

Al fin, Esteban Conti sonrió satisfecho. Ya la victoria era suya. La semilla de la simpatía, sembrada á manos llenas, daba el sazonado fruto. A pesar de las rudas protestas de buena parte del público, habíase iniciado un movimiento de reacción.

El teatrucho trepidaba. Una aclamación continua, cada vez más llena, estalló:

—¡El autor! ¡El autor!

—¡Arriba el telón!

Alzado que fué éste, en medio de aplausos frenéticos, estallaron algunas risas, al ver que varios maquinistas y dos robustos bomberos huían discretamente, ocultándose tras de los bastidores.

—¡El autor! ¡El autor!

Carrizales se desgañitaba; el señor de los lentes permanecía callado, furioso ante la derrota. La masa, oprimida, sofocada, delirante, pedía la presencia del autor en la escena vacía. El maestro, para rematar la victoria, sentóse de nuevo en la alta silla, tranquilo ya, casi sonriente, y manteniendo la batuta en alto, llamó la atención de sus bohemios subordinados.

Cuando la *diana* dejóse oir, la aclamación se hizo frenética, impidiendo que se escucharan hasta las desafinadas notas del cornetín. Agitábase el director como energúmeno, cual si descara imprimir formidables bríos con los balanceos de su cuerpo á la ramplona pieza con que el público mexicano obsequia á sus artistas.

Pasaron cinco minutos.

Ya la incertidumbre comenzaba á apoderarse de los ánimos. Conti murmuraba al oído del señor Carrizales, no sabiendo cómo explicar tan inoportuna tardanza. Arriba, en la galería ensombrecida por el polvo, el mismo Alberto hubo de enmudecer, extrañado de la ausencia de Clarita en la escena. De pronto, en el instante en que se produjera momentáneo silencio, silencio preñado de amenazas, Arsenio Urízar apareció en el foro. Tornaron los aplausos; el maestro partió en dos la gruesa batuta, con arranque tremendo; Conti, alegre, entusiasmado, volvió á palmotear, á empujar bestialmente hacia el éxito ruidoso á la turba que le rodeara. Pero las manos cesaron de aplaudir; anubláronse los rostros, y una mirada de los dos centenares de seres allí reunidos, se clavó en la escena, donde acaecía algo no previsto. El poeta, firme en sus planes, negábase á dar un paso. El tenor, un mozalbete de cara de aguilucho y ojos irritados, y la debutante, Clara Ruiz, «la bella Clara», como rezaban los carteles, hacían esfuerzos sobrehumanos para obligarle al avance. Aterrados, le suplicaban, le rogaban. Y Arsenio Urízar, fastidiado

por último, al sentir el peso de las miradas de odio de la nueva tiple, se decidió, y erguido, altivo, mirando con desprecio á la muchedumbre, adelantóse hacia las baterías. El tenor, de traje arlequinesco; la Ruiz, trémula, con los negros ojos atemorizados, le siguieron.

Reclamó silencio con una mueca. Algunas palmadas débiles, medrosas, sonaron en el recinto, y amenazante mutismo siguió, al callar la orquesta. Entonces, confundiéndose con el polvillo flotante que cubría los focos á manera de tenue gasa, resonó en el salón un grito penetrante, un verdadero chillido que en su misma agudez dejaba adivinar encono. Y fulguraron las pupilas al oir que el novel autor exclamaba:

—¡Zopencos! ¡Imbéciles!

Nunca en el Teatro María Guerrero vióse mayor escándalo. La muchacha y el tenor permanecían como clavados en el suelo, mirando, con las pupilas dilatadas. Ella envolvió al público en que cifrara su bienestar futuro, su ansia de nombre, en una mirada amplia, muy larga, en que el aborrecimiento y el miedo se confundían. Era la caída inevitable, una ilusión muy grande que se disipaba en el ambiente infecto de aquel teatrucho, á los pies del poeta fracasado que aun estaba allí, sin retroceder, observando la baraúnda, ligeramente pálido. Y al bajar los ojos, al ver el escote que dejaba asomar el nacimiento de los senos, de una blancura lechosa; las piernas apenas cubiertas por la sutil malla, piernas regordetas, provocativas; el talle gracioso, las caderas ondulantes, dudó del poderío de la carne. Pero su amargura fué más grande cuando escuchó los insultos soeces de la turba.

—¡Fuera esa belleza falsificada!

—¡Abajo!

—¡Muera el poetastro!

Prodújose un tumulto en la puerta de entrada. Era la policía que, advertida de antemano, llegaba, rodeando á la muchedumbre. El temor se apoderó de la gente. Agolpábanse, pretendiendo salir primero, huir. Gritos de niños, ayes de hembras, juramentos de hombretones, se mezclaban en confuso murmullo, apagando casi las

vociferaciones que todavía partían de las localidades altas. En el foro, oculto ya por el telón, se dejaban oir pasos apresurados, martillazos, gemir de poleas. Los atriles caían en montón con metálico ruido, empujados por los filarmónicos, que también huían, temiendo verse comprometidos. En el límite del palco escénico, ante la batería apagada, destacábase, sola, escueta, la figura del maestro, que contemplaba el atropellamiento con ojos estúpidos, sin comprender. La sombra había invadido los rincones. En la obscuridad se columbraban los alambres incandescentes de los foquillos rotos, cual manchas rojas, de un rojo de sangre. Los espectadores desfilaban, pateando, en medio del sordo musitar.

En el pasillo, Esteban Conti encontró á Linares del brazo de Antoñita. Lena permanecía tras ellos, irritada, con el rostro moreno ensombrecido por el disgusto.

—Pero, hombre—exclamó Eugenio—, dígame usted, ¿qué diablos pasa aquí?

Hacía un instante que entraran, presurosos, temiendo no alcanzar siquiera el final de la obra. Lena tenía la culpa. Empeñóse en estrenar esa noche el vestido azul, y Antoñita no pudo menos que sentarse á la máquina para terminarlo.

—¿Y todo para qué?—murmuraba la chiquilla con delicioso mohin—. Hemos venido para que esa chusma de léperos nos cierre el paso. ¡Ay, Conti; me causan asco!

El periodista insinuó un gesto de galante asentimiento. Nadie mejor que él comprendía que á una señorita guapa le repugnasen los odiosos hombres del pueblo.

—¡Oh! usted se burla... ¿Guapa yo? Mire que me voy á enojar.

Y la pequeña Fernández le amenazó con el abanico.

—¡Encantadora! ¡Encantadora!—replicó el chico, aproximando la cara—. A ver, pegue usted... pegue usted...

—Pero, Lena, por Dios; no podrás estarte nunca quieta.

—Déjala, Antoñita—dijo Linares, que comenzaba á

sentir un vago malestar ante las coqueterías de la moza.

A continuación, interrogó á su amigo sobre el éxito de la zarzuela de Urízar. Llegó á la hora del escándalo, y aunque nada había visto desde el vestíbulo, presintió el fracaso.

¿Que cuál fué el exito? ¡Detestable! Ya él, con su olfato de periodista, hubo de pronosticarlo. No cabía en cerebro alguno que un público á quien se insultaba, aplaudiese. Arsenio, al escribir *Autores y espectadores*, propúsose lanzar un ataque en contra del «género chico», que prostituía el teatro, poniendo de oro y azul á los que producían á destajo tales obrejas y á los que tenían la paciencia de oirlas. Mas el ataque fué de tal manera brutal, que no hubo alma que lo resistiese. A través de la sátira, demasiado transparente, en que el sentido común, Loris, era pisoteado por el género chico, la cortesana Annuchka, ayudada por los autores, personificados en una figura simbólica, veíase el encono, el apasionamiento del poeta. Pero lo que dió remate al escándalo fué la escena aquella en que Annuchka, después de haber dejado al sentido común medio muerto, hubo de ser aclamada por la turba que representaba á los espectadores, en tanto que aquél gemía en tierra, murmurando: «¡Ah, imbéciles, turba lujuriosa: os desprecio!» No; decididamente, aquello constituía una tentativa sobrado peligrosa, que no se atrevería á imitar ni siquiera en las columnas de *La Aurora*.

Antoñita temblaba, y con su vocecilla triste interrogó al joven:

—¿De manera que la obra será retirada?

—¡Y el autor también, Antoñita! No saben ustedes lo mejor de la noche. Ese diablo de Arsenio insultó al público personalmente desde la escena.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—¡Sí... ¡Oh! tiene mucha gracia. Les ha llamado zopencos. Lo que se merecen...

Lena le interrumpió. ¿Y Clara? ¿Qué pasaba con Clara?

—¡Ah! Clara... La infeliz Annuchka, en vez de ser maltratada por el sentido común, sobre el que imprimiera su pequeño pie, lo fué por los mismísimos espectadores...

¡Carrera perdida! La pobre muchacha se ganaría más bien la vida vendiendo zanahorias que cantando *couplets*. Y lo decía con amargura, pensando que buena parte del fracaso á él le correspondía.

—¿Y Arsenio? Dígame usted dónde está. Quiero verle—gritaba Linares.

—A eso voy... Espérense ustedes.

Y ya el periodista corría por el sombrío pasillo, cuando la puerta negruzca del foro se abrió, dando paso al fracasado de *Autores y espectadores*, á quien seguía un hombrecillo pequeño y débil que, balbuciente, casi llorando, decía al gendarme que á su lado iba:

—Pero, señor, si yo soy el autor de la música... ¿Por qué me lleva? La música no ofende... Respeto al público como á mi santa madre... Ni siquiera me he presentado en escena.

El agente, un indígena de pobrísimo aspecto, cuya tez aventajaba en negrura al propio paño del uniforme, no respondía.

—¿Ya lo ve usted, Urízar? Lo decía yo. Vamos á dormir en la cárcel; ¡en la cárcel, Dios mío!

—¡Vaya, hombre, es usted un maricón! Sígame. No habrán de fusilarnos.

Y los tres: el poeta erguido, lloroso el compositor y gruñón el gendarme, avanzaron.

Antoñita y Lena permanecían sobrecogidas, llenas de susto ante desenlace tal, mientras que Esteban y Eugenio adelantáronse hacia Urízar.

—¡Ah! ¿Son ustedes? ¡Cuánto me alegro de verles! —murmuró saludando en seguida á las señoritas, radiante, cual general victorioso.

Y al observar la mirada triste de Antoñita, afirmó con sonoro acento de convicción:

—No sabe usted, mi simpática amiga, lo dichoso que soy. Marcho al calabozo, se entiende; pero en cambio, qué paliza propiné á la horda, á esa horda estúpida de analfabetos. ¡Triunfará el arte en México!

Y muy fresco, se despidió.

En el pórtico, Conti saludó por último á los Fernández, que volvían á casa, del brazo de Eugenio. Lena hubo de convencerse al fin de que no era oportuno ver á Clara Ruiz aquella noche. ¡Su pobre amiga! ¡Cómo estaría la infeliz! Trabajillo costó á Antoñita que adoptase resolución semejaute. Ella adivinaba, tras de aquella puerta negra, un cúmulo de miserias; las miserias oprobiosas de las pobres chicas lanzadas á la exhibición de sus cuerpos desnudos; las miserias del montón de podredumbre que yacía allí, entre decoraciones y escombros. Y temerosa de poner ante los ojos inocentes de su hermana el espectáculo que adivinaba, le rogó hasta persuadirla de que se fueran.

Linares, algo intranquilo por la prisión del poeta, no obstante las seguridades que Conti le diese de la escasa importancia del asunto, echó á andar por las calles fangosas, en donde brillaban, lanzando reflejos opacos, las charcas formadas por la lluvia de la tarde. Y Esteban vió cómo se perdían en la sombra las siluetas de las chicas, que se levantaban la falda hasta el tobillo para no mojarse.

Con aire de hastío encendía un cigarro, cuando una manaza rugosa y velluda le cogió por el hombro. Era el señor Pedreguero, empresario del teatro, un hombretón brutal, á quien fastidiaban los malos éxitos.

—¿Eh, qué dice usted del berenjenal en que me ha metido su *Aurora?* Un fracaso artístico y pecuniario. ¡No; decididamente, ustedes, los periodistas, acabarán por arruinar á las empresas!

Estaba furioso. Le sacó de quicio el escándalo aquel en que perdía una tiple nueva y un decorado excelente. Habíase negado desde un principio á estrenar la obra; pero las insinuaciones del periodista, que pretendía imponer la zarzuela de su amigo, así como el *debut* de Clara Ruiz, le forzaron á transigir. Conti, que entreveía en la entrada de la chica en el teatro, merced á su influencia, una futura entrega, tanto insistió, laboró de modo tan sagaz, que hubo de vencer al escrupuloso empresario. Y como él decía, todo para nada: el pájaro volaría, sin duda.

—¡Ah, eso sí, querido! Rompí el contrato hace un instante. ¡No quiero broncas!

Reconocía en Clara una figurita agradable, incitante. Su conocimiento del género le hacía prever en ella una fuente de explotación. Pero lo sucedido impulsábale á echarla á la calle cuanto antes.

—¿Es una decisión irrevocable?

—Sin duda. ¡Dios me libre de otra como la de hoy!

Quedaron un instante en silencio. Pedreguero mascullaba, nervioso, una colilla de puro, en tanto que Esteban sonreía preocupado. En la calle, una tranquilidad total sustituía al tumulto de antes. Alguno que otro pilluelo corría anunciando con voz fatigada los diarios del día. Del cafetín abierto enfrente, salían á borbotones ruidos de disputas, chocar de copas, juramentos de borrachos y agudos chillidos de mujerzuelas. Conti creyó reconocer tras de los cristales del escaparate la silueta borrosa de Alberto.

Apagáronse los focos del vestíbulo; un empleado de cachucha mugrienta cerraba las puertas. Pedreguero, volviéndose, daba órdenes con brevedad, dejando traslucir su no extinguida cólera. Del interior del teatro, negra bocaza en la cual se veía el parpadeo lejano de una luz, salían los artistas. Era la turba lamentable, el desfile de seres hastiados. Con el cansancio en el rostro, el cutis aun cubierto por el colorete, marchaban con presura. Los hombres, enfundados en raídos sacos, con los pantalones hasta el tobillo, corrían hacia la cantina cercana. Las muchachas, envueltas en viejos chales de colores claros, pasaban junto al empresario, sonriéndole. Eran las pobres chicas inclinándose ante aquel devorador de carne joven; las infelices que ponían cara risueña á su propio corruptor, con el fin de prolongar la contrata.

Esteban Conti las veía pasar, mudas, respondiendo apenas á los saludos de sus compañeros, en el doloroso quebrantamiento de su vida de eterno fingir. Algunas, muy pocas, cogíanse del brazo de los galancetes de dudosa traza que las esperaban en la acera. Otras, alejábanse á la desbandada por las calles, con paso tardo,